

Jesús Cruz Valenciano

El surgimiento de la cultura burguesa

Personas, hogares y ciudades
en la España del siglo XIX

SIGLO
XIX
ESPAÑA





Jesús Cruz Valenciano

El surgimiento de la cultura burguesa

Personas, hogares y ciudades en la España del siglo XIX

SIGLO
XIX
ESPAÑA



Siglo XXI

Jesús Cruz Valenciano

El surgimiento de la cultura burguesa en la España del siglo XIX

Este original y agudo libro estudia la evolución de los estilos de vida de la burguesía española a lo largo del siglo XIX. Para analizar la cultura burguesa el autor, el historiador Jesús Cruz, adopta un novedoso enfoque interdisciplinar que se nutre de los métodos y perspectivas de una gran variedad de disciplinas, incluyendo la historia social, la cultura material, los estudios sobre el consumo y la historia urbana. Recogiendo las múltiples aportaciones historiográficas que han aparecido en los últimos años relativas al estudio de los elementos que configuraron los estilos de vida de la burguesía decimonónica –como el ocio y la sociabilidad–, el presente trabajo ofrece una visión integral para el caso español de lo que, en ciencias sociales, se conoce como «cultura burguesa». El autor examina la contribución de dicha cultura no solo a la modernidad española, sino a la historia de la modernidad occidental en general.

El surgimiento de la cultura burguesa proporciona una valiosa información para el lector interesado en la historia cultural de España y Europa en áreas de conocimiento tan diversas como el análisis literario, la sociología histórica, la historia del arte y la ciencia política.

Jesús Cruz es doctor en Historia por la Universidad de California San Diego y actualmente es catedrático de Historia de España en la Universidad de Delaware. Sus publicaciones incluyen *Gentlemen, bourgeois, and revolutionaries: political change and cultural persistence among the Spanish dominant groups, 1750-1850* (Cambridge University Press, 1996), *Los notables de Madrid: las bases sociales de la Revolución liberal española* (Alianza, 2000) y *The rise of middle-class culture in nineteenth-century Spain* (Louisiana State University Press, 2011).

Diseño de portada
RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

© Jesús Cruz Valenciano, 2014

© Siglo XXI de España Editores, S. A., 2014

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.sigloxxieditores.com

ISBN: 978-84-323-1680-7

I. Cultura burguesa y modernidad

El autor de un manual titulado *La elegancia en el trato social*, publicado a finales del siglo XIX, escribía lo siguiente al referirse a las celebraciones de las fiestas de Navidad:

De un tiempo a esta parte se ha puesto de moda en España celebrar la fiesta de los Reyes en la siguiente forma: a los postres un niño vestido de paje al estilo de la edad media entra en el comedor con un pastel troceado cubierto con un lienzo blanco. Uno de los trozos contiene un muñequito de porcelana. Cada comensal será obsequiado con un trozo, a quien le toque el muñequito designará a una señora como la reina de la fiesta¹.

Quien escribiera estas líneas se estaba refiriendo a una forma de celebración adoptada por las clases acomodadas, un segmento muy restringido del cuerpo social en la España de finales del siglo XIX. El manual aludido informaba de la introducción de este ritual en algunos hogares españoles y proponía su adopción como un acto que denotaba elegancia y distinción. La tradición de cocinar por Reyes un pastel en el que se escondía un pequeño objeto con el fin de realizar el juego de la sorpresa no era española. Aunque en sus más remotos orígenes parece tener alguna relación con las Saturnales romanas, la tradición en la manera descrita por nuestro autor tuvo su origen en la Francia medieval y su divulgación como celebración familiar databa de épocas más recientes. Era, y continúa siendo, tradición en Francia cocinar un tipo de bollo al que en el Antiguo Régimen llamaban *gâteau des Rois* y en la actualidad *galette des Rois* con el que se celebra la Epifanía de los Reyes. Parece ser que a partir del siglo XVII esta forma de celebración se hizo bastante popular en aquel país, los ricos escondían en la masa del bollo una pequeña joya, los pobres se conformaban con un haba o una alubia, todos jugaban a encontrar la sorpresa y a nombrar al rey o la reina en ese día especial. En España la moda del *gâteau des Rois* la introdujeron los Borbones, aunque se mantuvo restringida a los círculos cortesanos. No sería hasta finales del siglo XIX cuando las familias de la burguesía, imitando sobre todo a sus homónimos franceses, empezaran a divulgar una manera de celebrar que, a pesar

de haber sido importada, se ha hecho muy popular. Algo parecido a lo ocurrido con otras tantas celebraciones de esa época del año, pensemos en el árbol de navidad, en Papá Noel, etcétera.

Y decimos que se trata de una costumbre muy popular en la actualidad porque ¿qué familia española no celebra dicha fiesta, sea de forma regular o esporádica, con el tradicional roscón de reyes, tomándolo en el desayuno, a la merienda o como postre de la comida familiar que la reúne ese día? ¿Qué familia no hace eso mismo año tras año en México, en Puerto Rico o en otras muchas partes de América Latina? El roscón de reyes, que es la versión hispana del *gâteau des Rois*, es el gran negocio de los reposteros después de las fiestas de año nuevo en España y México, como lo es la *galette des Rois* en Francia. Pues bien, estamos convencidos de que la mayor parte de los españoles o de los mexicanos saborean el roscón de reyes y lo ven como algo muy genuino de sus propias tradiciones y, sin embargo, 100 años atrás era una práctica que una minoría estaba importando de un país extranjero porque la encontraban elegante y distinguida.

La tradición del roscón de reyes es un ejemplo de cómo un ritual introducido en la sociedad española años atrás, por el deseo de ciertos grupos de adoptar formas del estilo de vida francés, se ha convertido en un hábito de consumo de masas y en una forma popular de celebración considerada totalmente española². Se trata de uno de los múltiples hábitos que fueron introducidos en el siglo XIX y que conforman el estilo de vida actual de los españoles. Pero ¿quiénes fueron sus introductores y para qué lo hicieron?

El autor del manual citado nos da la pista. Su nombre, Vizcondesa de Barrantes Bestard de la Torre, era uno de los rimbombantes seudónimos usados por Alfredo Pallardó (1851-1928), periodista y autor dramático de origen catalán que escribió, entre otras cosas, crónicas de sociedad y manuales de conducta. Pallardó, cuya obra mencionaremos más adelante en este libro, fue uno de los múltiples individuos dedicados a divulgar en sus escritos las normas de comportamiento, los hábitos, los valores y los gustos que él consideraba adecuados para construir una sociedad «moderna». Pallardó fue un hombre hecho a sí mismo, de orígenes obreros, empezó su vida como cajista de imprenta y la culminó como afamado periodista y próspero burgués. Su mensaje modernizador era el mensaje del grupo en el que se había

integrado, el mensaje de las clases medias o de lo que desde mediados del xix venimos llamando burguesía. Pallardó, personaje aburguesado, fue uno de los múltiples portavoces de ese grupo social dedicados a promocionar un nuevo estilo de vida, que consideraban el más idóneo para la sociedad española: el estilo de vida burgués.

Lo cierto es que ese estilo de vida, salvando los matices que ha introducido el paso del tiempo, es el predominante en la sociedad española actual. El ejemplo del roscón de reyes se puede multiplicar a una gran cantidad de situaciones y prácticas que caracterizan la forma de vida de la mayoría de los españoles de hoy. En este sentido, no es una exageración decir que la sociedad española es una sociedad «aburguesada». ¿Quién no ha usado o escuchado en alguna ocasión expresiones tales como «Fulano está hecho un burgués, se ha comprado...» o «Hay que ver como se ha aburguesado Mengano desde que...»? En este contexto, burgués, burguesía y aburguesamiento, son términos que utilizamos para referirnos a alguien que ha adoptado parcial o totalmente un determinado estilo de vida, que suele resultar de la adopción de uno o varios actos de consumo. A veces estas expresiones tienen cierto tono crítico, en otras ocasiones son más bien resultado de la admiración ajena, incluso puede que en determinadas circunstancias denoten envidia. En cualquier caso, al hacer uso de estos términos estamos encasillando a alguien en una determinada categoría social en función de sus gustos, hábitos o apariencias. En suma, burgués, burguesía y aburguesamiento son conceptos con los que definimos un estilo de vida, lo que vamos a llamar en lo sucesivo una cultura que, como señalábamos al principio de este párrafo, es la predominante en la España actual.

El objeto de este libro es el estudio de los orígenes de la cultura burguesa en España que, como en el resto del mundo occidental, se sitúan en el siglo xix. Ciertamente que sus raíces se incrustan en el pasado europeo desde el Renacimiento hasta el siglo xviii, pero su maduración definitiva, la que permitió su conformación como cultura hegemónica, ocurrió durante el siglo xix. El advenimiento de la sociedad burguesa, o de las clases medias, fue el resultado de un largo y complejo proceso histórico con diversidad de ritmos y circunstancias dependiendo de las condiciones históricas de cada país. No obstante las diferencias de sincronía y

circunstancias, no obstante la profunda variedad de escenarios y resultados, existe un amplio territorio de experiencias compartidas que dota de coherencia a ese proceso histórico cuya desembocadura será la actual sociedad de consumo de las clases medias. Todos los países compartieron en algún momento de este proceso una profunda transformación de sus estructuras institucionales, de sus aparatos legislativos y de sus culturas políticas que se resolvió en la creación de nuevos estados. Adelantándose al cambio político en algunos casos o como consecuencia de este en otros, todos los países europeos experimentaron transformaciones en sus tradicionales mecanismos de producción y distribución que terminaron imponiendo ese nuevo orden económico conocido como capitalismo o economía de mercado. Uno de los aspectos centrales del advenimiento de esta nueva sociedad fue la creación de nuevas identidades que reflejaban el sistema de valores y el estilo de vida de la nueva sociedad dominante burguesa³.

En España, como en el resto de Europa, solo queda de aquellos viejos burgueses decimonónicos un disipado rastro físico de unas cuantas familias cuyos apellidos todavía resuenan en algunas esferas de influencia o en los espacios mediáticos. Sin embargo, de sus modos de existencia y de sus sistemas de valores, en una palabra, de su cultura, provienen una buena parte de los hábitos, las costumbres y los estilos de vida de nuestro tiempo. Fueron ellos quienes introdujeron en nuestra forma de vivir cosas como el respeto a la intimidad, la importancia del confort o los beneficios del deporte como práctica higiénica, como forma de entretenimiento y como negocio. Ellos también popularizaron las vacaciones de verano como algo saludable, entretenido y económicamente beneficioso, los viajes como una forma de aprendizaje y recreo y el espectáculo como forma de sociabilidad, negocio e ilustración. Aquellos viejos burgueses propugnaron por fin una cultura hedonista que despojaba al lujo de sus esclavitudes moralizantes para convertirlo en un valor positivo, en la medida en que se pusiera al alcance de amplios segmentos sociales. En su sistema de valores, decorar una casa con elegancia, vestir a la moda que dictaran las revistas traídas del extranjero o adoptar ciertas costumbres al uso en sociedades consideradas más avanzadas era no solo recomendable, sino necesario para el progreso social. Pero lo más importante es que, sin renunciar a la construc-

ción de una sociedad dividida en clases desiguales, tuvieron en su ideario como meta el principio utilitario de que los beneficios de su modo de existencia alcanzaran a la mayor cantidad posible de individuos. Para ellos este era el camino por el que se alcanzaba la felicidad. Todas estas son cosas que han sobrevivido al paso del tiempo y se han incrustado en las sociedades contemporáneas dotándolas de su particular fisonomía. Ciertamente que del mundo actual han desaparecido muchas de las rigideces que la urbanidad imponía en múltiples aspectos del trato social. Ciertamente que muchas de aquellas formalidades tan características de la sociedad decimonónica al presente nos resultan cursis e incluso discriminatorias. Por volver al ejemplo del roscón de reyes, seguro que ya nadie disfraza a un niño de paje al estilo de la Edad Media para compartir con la familia el postre y el juego de la sorpresa el día de reyes, pero la inmensa mayoría de los españoles han convertido lo que fue una celebración minoritaria, formal e importada en una tradición popular, idiosincrásica y típica de la moderna sociedad de consumo.

En las sucesivas páginas de este libro vamos a estudiar cómo se fue conformando ese estilo de vida, eso que llamamos cultura burguesa. Veremos cuáles fueron sus principales componentes y cómo una buena parte de ellos han llegado históricamente a la sociedad actual. Nuestra tesis es que la cultura que hizo posible la estabilidad de los años de la transición democrática española tiene sus raíces en el siglo XIX y su basamento en las clases medias. Todos los investigadores coinciden en considerar al siglo XIX español como el siglo de la burguesía. Sin embargo a esta se la ha estudiado fundamentalmente desde el punto de vista de sus posicionamientos políticos, de su fragilidad estructural o de su papel de clase explotadora y corrupta. Hasta los años ochenta del siglo pasado el paradigma predominante era el de un siglo XIX políticamente inestable y social y económicamente atrasado respecto del norte de Europa, todo ello debido en parte a los desaciertos y las insuficiencias de su burguesía⁴. En las dos últimas décadas este paradigma está siendo objeto de una profunda revisión. Los estudios de David Ringrose, Juan Pablo Fusi Aizpurúa y Jordi Palafox Gamir, entre otros, presentan nueva evidencia histórica para cuestionar la idea de que España fue un caso de modernización fallida⁵. Investigaciones recientes en áreas de conocimiento tan diversas como los estudios culturales, la crí-

tica literaria, o la cultura visual, aportan vías alternativas para entender la naturaleza de la modernidad española. Lo innovador de estos aportes es que rechazan el uso de modelos de modernidad preestablecidos y consideran el caso español en su contexto histórico específico y en la diversidad de sus manifestaciones⁶. Nuestro estudio pretende contribuir a ese esfuerzo revisionista demostrando que en el siglo XIX arraigó en España una sólida cultura burguesa similar a la de los países europeos más avanzados. Como ha señalado Noël Valis:

A veces existe una disparidad entre la percepción de sentirse clase media y las condiciones económicas y materiales necesarias para crear esa clase. En este punto es necesario subrayar que la conciencia de sentirse clase media y la adopción de ciertos estilos y actitudes pueden y, de hecho, existen incluso cuando las estructuras económicas permanecen atrasadas, es decir, cuando hay una percepción de ser moderno a pesar de una insuficiente modernización. Ese, considero, es el caso de España en el siglo XIX⁷.

En el transcurso de nuestra exposición se van a defender tres argumentos que constituyen el fundamento de la tesis central del libro. Primero, que los grupos dominantes españoles a lo largo del siglo XIX, en consonancia con sus homólogos europeos, trabajaron para que la sociedad española asimilara, adaptara y terminara adoptando una serie de prácticas culturales que ya se estaban imponiendo en las sociedades más desarrolladas del mundo occidental. En principio este esfuerzo perseguía consolidar una nueva clase media que, en una sociedad caracterizada por la existencia de profundos desequilibrios sociales, iba a introducir la estabilidad necesaria para evitar la conflictividad social. Tres fueron los instrumentos utilizados para la promoción de esas prácticas culturales: la elaboración y divulgación de un nuevo código de conducta con el fin de establecer una forma de comportamiento dominante; la promoción del consumo como dispositivo para promover el crecimiento económico y la felicidad colectiva; y el asentamiento de una cultura material cuyos distintos componentes proporcionarían el simbolismo necesario para establecer una nueva forma de identidad.

El segundo argumento que vamos a sostener es que la implantación de la cultura burguesa, como todo proceso de cambio

cultural, tuvo en el largo plazo un profundo impacto en la vida de los españoles, pero fue un proceso pausado, repleto de constantes episodios de negociación y generalmente transcurrió exento de sobresaltos revolucionarios. La cultura burguesa sustituyó, transformó o adaptó una buena parte de las prácticas sociales que caracterizaban a la sociedad estamental, pero a diferencia de lo que ocurre con el cambio político y legal, los resultados nunca se manifiestan de forma radical. Veremos por ejemplo cómo muchos de los componentes del estilo de vida nobiliario fueron objeto de admiración y terminaron siendo adaptados al estilo de vida burgués. La supresión de los mayorazgos o de los gremios fueron medidas espectaculares, que transmitieron una sensación de cambio revolucionario a quienes vivieron su implantación. Sin embargo, esa espectacularidad revolucionaria se disipa cuando observamos el ritmo de la evolución de los modos de vida.

Nuestro tercer argumento es que si bien en el largo plazo la cultura burguesa ha terminado afianzándose como el sistema cultural hegemónico en la sociedad española actual, en el medio plazo los resultados fueron insuficientes, a diferencia de lo que ocurriera en otras partes de Occidente. Los diferentes ingredientes del sistema cultural de la burguesía constituyeron una parte sustancial del discurso de la modernidad. Los agentes sociales envueltos en su promoción respondían a la lógica del espíritu filosófico del liberalismo utilitario que fundamentaba el éxito en la cantidad. En una sociedad que sancionaba la igualdad ante la ley y la libertad individual, pero mantenía las desigualdades sociales, la única forma de garantizar el orden social era la extensión del bienestar económico a la mayor parte posible de ciudadanos. Según este esquema, el bienestar de una extensa clase media serviría de antídoto para prevenir la conflictividad social y la inestabilidad política. La receta funcionó con más o menos eficiencia en la sociedad victoriana, en Norteamérica y en otros países del norte de Europa, pero no fue así en la mayor parte de la Europa meridional, central y oriental, donde un insuficiente crecimiento económico impidió la expansión de las clases medias siendo un factor de inestabilidad social y política hasta bien entrado el siglo [8](#). El caso español es un claro ejemplo de este desarrollo histórico [9](#).

El uso de los términos burgués, burguesía y sus derivados, aburguesado y aburguesamiento, en referencia al desarrollo de la sociedad de la España contemporánea requiere ciertas aclaraciones. Las voces burguesía y burgués tienen diversas acepciones en el español actual. La más común es la que se utiliza para identificar a un ciudadano de la clase media que, en virtud de sus ingresos, ha adquirido un nivel que le permite vivir con una cierta desenvoltura. Pero también hay una acepción que identifica lo burgués con lo mediocre, lo vulgar, y con la falta de sofisticación. Según este uso, aburguesamiento sería sinónimo de conformidad, de falta de afanes espirituales o elevados. Una última acepción es la que utiliza el término burgués para referirse a la clase social contrapuesta al proletariado. En el lenguaje político de inspiración marxista el burgués sería un individuo cuyo agregado integraría una clase social específica conocida como la burguesía. Desde la Baja Edad Media, según la teoría marxista, la burguesía se fue haciendo con el control de los medios de producción para convertirse, a partir del siglo XIX, en la clase dominante del modo de producción capitalista. Burgués y burguesía se asocian con el sistema social y político surgido de la descomposición del Antiguo Régimen, es decir, con el nuevo Estado liberal y la economía capitalista. Los burgueses constituyeron una clase social antagónica a la nobleza y hubieron de hacer una revolución a lo largo del siglo XIX, con el fin de instalarse en el poder y ejercer su dominación sobre los grupos no burgueses, aquellos que integraban la mayor parte del espectro social.

La historiografía española de la década de los setenta impuso el uso de los conceptos burguesía y burgués según la acepción política marxista o estructuralista. La burguesía se presentaba como una clase social estructurada cuyo rasgo principal era su antagonismo con la nobleza señorial. En virtud de ese antagonismo los burgueses efectuaron una revolución –revolución burguesa– que en España se situó en el periodo comprendido entre 1833 y 1868 coincidiendo con la convulsa construcción del Estado liberal y los procesos de desamortización de la propiedad¹⁰. El paradigma de la revolución burguesa, aplicado extensamente durante la década de los sesenta por la historiografía europea, resultó de utilidad para comprender las trascendentales dimensiones del cambio histórico operado en España en los años centrales del siglo XIX. Sirvió para situar a España en el contexto de

los ciclos revolucionarios del mundo occidental, o del espacio atlántico como lo denominan algunos historiadores. No obstante, se trataba de un modelo teórico cuya aplicación al caso concreto de cada país resultaba en muchas ocasiones excesivamente forzada. Desde mediados de la década de los ochenta y, sobre todo, a lo largo de la de los noventa se ha ido produciendo una revisión del modelo de la revolución burguesa. Por un lado, esta revisión es el resultado de haber profundizado en el conocimiento de las realidades específicas de cada caso concreto. En España han aparecido en los últimos años varios estudios regionales referidos a los grupos sociales identificados tradicionalmente como burguesía, propiciando una visión menos esquemática de la realidad histórica¹¹. Por otro lado, el revisionismo es consecuencia del giro producido en áreas más amplias de las ciencias sociales, que ha supuesto formas nuevas de entender los conceptos de clase social e identidad social.

Una parte de este revisionismo se refiere a la historicidad misma del concepto de burguesía. Los términos burgués y burguesía aparecieron en el lenguaje político europeo con bastante posterioridad a los episodios históricos caracterizados como revoluciones burguesas. En Francia, ha escrito recientemente Sarah Maza, ningún partido, grupo, o individualidad política se autodefinió como burgués o como representante de la burguesía durante la Revolución francesa y los sucesivos episodios revolucionarios hasta 1848. El término «burgués», si nos atenemos a los significados que le da la historiografía posrevolucionaria, se refiere a una realidad imaginada que distorsiona la certeza histórica¹². Burgués y burguesía, según Maza, constituyeron un «otro» imaginario en contra del cual se intentaron forjar los valores y destinos de la nación. El argumento es sugerente aunque excesivo, a pesar de estar defendido con un admirable bagaje de erudición. Al fin y al cabo fueron los intelectuales y políticos franceses los principales divulgadores del concepto de burguesía como nueva clase social ligada a los cambios de la modernidad. No obstante lo controvertido del argumento, el trabajo de Sarah Maza añade nueva sustancia a las corrientes revisionistas demostrando una vez más lo inadecuado de utilizar el concepto de burguesía de una manera esquemática¹³.

En el caso español, ha escrito Álvarez de Miranda, la historia de las palabras burgués y burguesía es muy compleja y se pre-

senta como una auténtico guadiana¹⁴. Originalmente utilizadas en la Edad Media con significados variados siempre referidos a una persona que habita en una villa o ciudad, desapareció prácticamente del vocabulario durante la Edad Moderna. Solo se ha podido registrar su uso en algunos textos españoles de finales del *xvi* y a lo largo del *xvii* escritos y publicados en Flandes o referidos a aquel territorio. Justo Serna y Anacleto Pons señalan la inclusión del término «burgo» en el *Tesoro de la lengua castellana o española* de Sebastián de Covarrubias publicado en 1611, aunque indican ciertas contradicciones en su significado: «Por un lado, Covarrubias parece remitir *burgo* a su origen urbano, por otro, subraya su condición rural, apartada, montañosa o agraria. Más aún, la propia etimología le resulta dificultosa y la encuentra alternativamente en el pasado godó o arábigo»¹⁵. No obstante, la voz se mantuvo en el Diccionario de Autoridades en su acepción medieval aunque considerada como un galicismo: «es voz», señala el diccionario, «tomada y de poco tiempo acá introducida del francés *bourgeois*», pero no se encuentra en ningún texto escrito hasta bien entrado el siglo *xix*. Reaparecerá definitivamente en el último tercio del siglo *xix*, esta vez incorporada al lenguaje político en el fragor de los debates del Sexenio Revolucionario, aunque siguió impregnada de connotaciones extranjerizantes¹⁶. La noción de burguesía que se muestra en los panfletos, en las proclamas y en la prensa de partido es la que prevalecerá en el discurso político y social contemporáneo. La que en un sentido general sirve para identificar a los ciudadanos de la clase media, pero que también en un sentido crítico o censurable se usa para referirse a la clase social que explota y oprime al proletariado. Del lenguaje político pasó al literario, específicamente a la novela realista. Pérez Galdós, Palacio Valdés y Clarín, entre otros, la utilizaron extensamente y contribuyeron a su transmisión al habla popular con las acepciones que tiene en la actualidad. Al igual que ocurriera en Francia parece que la burguesía fue más la consecuencia de las revoluciones decimonónicas que su causa.

El uso del concepto de clase media, sin embargo, tuvo mayor continuidad y consistencia que los términos burgués y burguesía¹⁷. En la Edad Moderna se utilizaron las palabras «mediano», o «medianía» para identificar un segmento social que se situaba entre la nobleza y el común. No faltaron memorialistas que incluyeron en sus escritos diversas recetas para mejorar la